



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

CAPÍTULO 13

EL PAPEL DE LAS FUERZAS ARMADAS EN LA ACCIÓN EXTERIOR DE ESPAÑA

AGUSTÍN R. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Profesor Adjunto de Historia
Universidad San Pablo-CEU

Pudiera parecer, según la ya tópica afirmación de Clausewitz, que al ser la guerra la continuación de la política por otros medios, el papel de las Fuerzas Armadas (FF.AA.) en la política exterior se limitara a suplantar a la diplomacia cuando ésta fracasa y sólo durante el conflicto bélico. Que las cosas distan de ser tan simples es un hecho que no puede ocultarse a ningún ciudadano en nuestra sociedad: de un lado, los militares forman un grupo importante de opinión y presión a la hora de articular la política exterior de cualquier país incluso en los democráticos; por otro, las mismas FF.AA. son diseñadas para escenarios bien precisos de actuación y son, por eso mismo, utilizadas como baza disuasiva o persuasiva por políticos y diplomáticos para alcanzar sus fines sin recurrir a la fuerza.

Además, y ya desde el siglo XIX, es normal que las FF.AA. realicen en el exterior misiones no de guerra, sino de presencia, «mostrando el pabellón», como se decía por entonces, o en misiones de paz, desde las de pacificación e interposición, o las puramente humanitarias en caso de catástrofes.

Desgraciadamente en nuestro país, y a diferencia de otros de nuestro entorno, no han abundado los trabajos referentes a estas cuestiones, en parte, por la llamada «primacía del conflicto interno», que ha hecho que se analice casi en exclusiva el papel de nuestras FF.AA. en los conflictos internos, en detrimento de su papel exterior.

1. Problemas y perspectivas de la investigación

A paliar en parte esta falta se dedican estas líneas que no pueden sino esbozar algunas reflexiones, dada la complejidad de la cuestión y la escasez de monografías previas. Sin embargo, la riqueza documental en nuestros archivos sobre estas cuestiones es sorprendente, y no ya sólo en los militares —el del Ejército de Tierra en el Alcázar de Segovia (aparte de otros sectoriales), el del Aire en el castillo de Villaviciosa de Odón y el de la Armada en El Viso del Marqués (Ciu-

dad Real)—, sino en otros generales, muy especialmente en el General de la Administración de Alcalá de Henares, en el del Ministerio de Asuntos Exteriores, el de las Cortes (Congreso y Senado) o en el del Palacio Real, especialmente el referido al reinado de Alfonso XIII. Esto por lo que se refiere básicamente a las fuentes inéditas, pues en lo referente a las publicadas —el *BOE*, los *Diarios de Sesiones* y la prensa periódica— tienen también gran interés.

Tal riqueza documental ha pasado hasta ahora casi desapercibida para el tema que tratamos, y el investigador, falto de referencias ha tendido a ignorarla o dejarla en segundo plano, no sacando de ella todo el fruto que era esperable. La tarea, en buena medida, está aún por hacer, pero eso no constituye sino otro aliciente para el investigador, especialmente en la presente coyuntura, en la que las FF.AA. y sus Servicios o Institutos Históricos son mucho más receptivos que en el pasado.

2. Las revoluciones liberales y la crisis de un modelo (1789-1833)

Las FF.AA. según estaban constituidas en tiempos de Carlos III presentaban una estructura y características que, en lo fundamental, permanecerían largo tiempo invariables. En primer lugar, un numeroso Ejército de Tierra, radicado básicamente en la Península y Baleares, pues asombrosamente, América y Filipinas se defendían con tropas de milicia y un mínimo de regulares.

A las tropas peninsulares les estaban encomendadas misiones básicamente policiales: vigilancia de fronteras y represión del contrabando, mantenimiento del orden, lucha contra el bandolerismo e incluso obras públicas, aparte de su presencia en las únicas fronteras militarmente activas: la portuguesa, Campo de Gibraltar y Sur y Levante de España, donde la piratería berberisca seguía constituyendo un peligro para las poblaciones costeras, aparte de Ceuta, Melilla, Orán y otros enclaves norteafricanos.

Desde las campañas italianas que terminaron en 1748, este Ejército había tenido pocas ocasiones de actuar en el exterior, y todo lo que se esperaba de él era que facilitara eventualmente un cuerpo expedicionario para alguna misión concreta en ultramar. Los índices de preparación y adiestramiento eran bajos, tanto ante la falta del estímulo que podían ofrecer misiones más relevantes, como por la relativa escasez de elementos imprescindibles en una guerra moderna en escenarios europeos: caballería y artillería especialmente. Ello se tradujo en una baja operatividad en las contadas ocasiones en que se le necesitó en misiones más comprometidas: la fallida invasión de Portugal de 1762, el desastre de Argel en 1775 o en los asedios de Gibraltar, aunque se anotaran éxitos en las campañas de la colonia de Sacramento, la recuperación de Menorca y la de Florida en 1781.

Por contra, se esperaba mucho más de la Armada, entonces la tercera en potencia de Europa tras la británica, con más del triple de buques, y casi equiparada con la francesa, pese a que gastaba un 33 % menos que el Ejército.

Pese a ese mayor gasto en el Ejército, era sobre la Armada sobre la que recaía casi en exclusiva el papel de la representación exterior de la fuerza armada del Estado. Sólo de forma anecdótica soldados españoles operaron al norte de los Pirineos desde la Guerra de Sucesión hasta la Revolución Francesa,

marcando un agudo contraste con las operaciones en todos los mares de la Armada.

Pero no eran sólo las luchas abiertas las únicas misiones de la Armada en el exterior; a ellas debemos unir las científicas con figuras como Jorge Juan y Ulloa y las diplomáticas, con las embajadas extraordinarias del mismo Jorge Juan a Marruecos, de Mazarredo a Argel y de Gravina a Estambul, por citar los casos más notorios, además de los continuos viajes y visitas más o menos protocolarias —o por el contrario con un hondo contenido político—, de nuestros buques de guerra, una de cuyas misiones era también recabar en dichos viajes toda la información posible sobre el resto de las potencias.

Incluso por lo que se refiere a Ultramar, pocos oficiales del Ejército pasaban a América o Filipinas, pues como hemos visto, sus escasas guarniciones eran de recluta local, en contraste con los marinos, cuya misión fundamental consistía en asegurar las comunicaciones con el vasto Imperio colonial.

Este modelo, del Ejército centrado en la Península y de la Armada en el exterior, va a sufrir una dura crisis desde la Guerra de la Convención hasta el fin del ciclo napoleónico. No es ya que el Ejército se muestre ineficaz, como todos los europeos, ante las nuevas técnicas militares francesas y el fervor revolucionario de sus tropas, y que la Armada pierda su importancia en ese escenario, sino que la nueva situación desequilibra profundamente el esquema de las FF.AA. españolas. Desde entonces, y pese a las sucesivas alianzas con los revolucionarios franceses, Godoy se verá obligado a potenciar el Ejército, tanto por las obligaciones que imponen dichas alianzas (expedición a Dinamarca, invasión de Portugal, etc.), como porque existe un muy razonable recelo de que los nuevos aliados se aprovechen de su apabullante superioridad militar en detrimento de la monarquía española. Y por otra parte, continúa la lucha con Inglaterra por el control de los mares, del comercio marítimo y de las posesiones ultramarinas, que implica necesariamente una Armada fuerte y poderosa. Sin embargo, el cambio de orientación es evidente: desde la firma del primer Tratado de San Ildefonso en 1796, no se volverá a ordenar la construcción de un solo navío para la Armada, contentándose con mantener operativos los ya existentes, con sucesivos recortes de gastos, mientras que el Ejército recibía toda la atención que le podía prestar una muy comprometida Hacienda Real.

Al final aquella difícil y costosa opción mostró su inoperancia: en 1805, la desatendida Armada fue decisivamente derrotada en Trafalgar, mientras que el Ejército demostró entre 1808 y 1814 que era incapaz de afrontar a los invasores franceses sin la ayuda en el terreno regular del ejército angloportugués de Wellington, y en el irregular, más decisiva aún, del propio pueblo español resistiendo en las ciudades o integrando las proverbiales guerrillas.

Pese a todas sus insuficiencias, pese a las derrotas y pese al agotamiento del país, España pudo aportar al esfuerzo antinapoleónico al final de la campaña la increíble cifra de unos 300.000 soldados. Pero ese capital fue dilapidado por Wellington, su jefe supremo, en la subsiguiente invasión de Francia, pretextando su baja calidad o el temor de que los iracundos españoles se tomaran cumplida venganza en los civiles franceses, lo que endurecería la resistencia. Más parece que, negándose a utilizar salvo en pequeña proporción las tropas españolas, Wellington se proponía otros fines muy distintos. Y tal vez no fuera sólo la falta de idoneidad de nuestros diplomáticos lo que explique el sor-

prendente escaso peso de España en la Europa del Congreso de Viena. En cuanto a la Armada, la Guerra de la Independencia supuso casi su liquidación, no sólo hombres y recursos pasaron al Ejército ante la necesidad más apremiante, sino que los mismos buques, faltos de atención, fueron desapareciendo por desguace mucho antes de lo que les hubiera correspondido. Al día siguiente de Trafalgar, la Armada española seguía siendo la tercera del mundo, con más de cuarenta navíos. Pues bien, pese a no perder ninguno en combate en los años siguientes e incluso apresar seis franceses, al final del reinado de Fernando VII sólo podía alinear tres navíos, supervivientes de años más felices, pues ni uno solo se había construido o comprado (salvo la malhadada escuadra rusa) desde 1796.

Y pese a ello, bueno es recordar que en el proceso de emancipación americana, España perdió el continente, pero retuvo las islas, señal de que aquel declinante poder naval todavía podía apuntarse algún éxito defensivo, sin relegar otros factores sociales y económicos tal vez más importantes.

En ese proceso, el Ejército se mostró sumamente renuente a cumplir su misión de restablecimiento del orden español en las posesiones americanas, por factores de todo tipo, incluidos los ideológicos. Lo cierto es que, a lo largo de casi quince años de lucha, apenas treinta mil soldados peninsulares llegaron a cruzar el Océano, cifra casi equilibrada por los voluntarios extranjeros, singularmente británicos, que apoyaron a los insurrectos. Y ello por no olvidar el hecho de que, con frecuencia, los españoles europeos y los americanos luchaban en parecidas proporciones en ambos bandos.

3. La época isabelina

Los ya clásicos análisis de Jover, Vilar y tantos otros de la política exterior del reinado de Isabel II y de la previas regencias han sido tan divulgados, y en otros capítulos de esta misma obra se hallan tan magistralmente expuestos, que nos eximen de la tarea de hacer una exposición particularizada. Por ello nos limitaremos a poner de relieve algunas realidades tal vez menos recordadas:

- a) La primera es que, y una vez concluido el primer ciclo de las revoluciones liberales, Ejército y Armada volvieron a reasumir de manera clara las misiones que tenían en la España del siglo XVIII. El Ejército volcado en la Península, además ahora con un protagonismo político al que no podía aspirar durante la Ilustración, y la Armada, mucho más reducida (con sólo la quinta o cuarta parte del presupuesto del Ejército) pero conservando su protagonismo en la acción exterior y en el imaginario colectivo, legado del prestigio ganado en el siglo anterior como institución singularmente avanzada e ilustrada, en un país que empieza a percibir su retraso respecto a Europa en todos los órdenes, pero singularmente en el tecnológico. Y justamente en ese aspecto, los cambios que la Revolución Industrial había provocado en las fuerzas navales eran mucho más evidentes que en los ejércitos terrestres. La guerra de Crimea, por ejemplo, aún conoció uniformes como los napoleónicos y espectaculares cargas de caballería, mientras que

en el mar aparecieron cosas tan revolucionarias como los acorazados o las minas submarinas.

- b) La llamada «Política de Expediciones Militares» ha sido bien estudiada y conocida; menos atención ha merecido la anterior y análoga política llevada a cabo por los gobiernos de la llamada «Década Moderada» concretada en la toma de posesión de las Chafarinas y de Guinea, la continua presión sobre Marruecos, la expedición a Italia en ayuda del Papa, la de Portugal en 1847, la continua presencia naval en el Caribe, y más concretamente en el Golfo de México a tenor de las crisis mexicanas y de su conflicto con E.E.UU., la expedición al Pacífico de la corbeta *Ferrolana* dentro de su circunnavegación mundial, o el establecimiento de la Estación Naval del Río de la Plata que mantuvo en esas aguas ininterrumpidamente hasta 1900 de uno a tres buques de la Armada. Todo ello constituye el prólogo de las acciones más conocidas de los gobiernos de la Unión Liberal, y aunque por entonces los medios seguían siendo escasos debido al impacto de las guerras carlistas (la primera fragata enviada al Río de la Plata era una vieja unidad del siglo xviii), la voluntad política era muy firme a la hora de restablecer el prestigio y una presencia militar que asegurara los intereses españoles en tan diversas áreas.
- c) Como es sabido, y gracias al mejor estado de la Hacienda, en la década siguiente se impulsó de gran manera la reconstrucción de la escuadra, que volvió a figurar entre el tercer y cuarto puesto mundial, aunque los años y las crisis no habían pasado en balde y ahora la distancia respecto a las de Gran Bretaña y Francia se había multiplicado.

4. La Restauración y el Desastre del 98

De forma análoga debemos tratar ahora este apartado, recalcando que la acción exterior de España, y muy en especial la de sus FF.AA., se orienta ya casi en exclusiva hacia áreas muy concretas y extraeuropeas: África (Marruecos y plazas de soberanía, Ifni, Sahara y Guinea), la presencia naval en el Caribe y Río de la Plata, el control de Filipinas y los archipiélagos anejos —y la lucha allí contra la piratería—, la exploración e incluso el cartografiado de unos territorios aún poco explorados. Europa sale ya por entero de los planes españoles, e incluso la vieja rivalidad isabelina con el Piamonte se convierte en el Tratado de 1887. El único escenario europeo de posible intervención militar española se centra en la frágil monarquía portuguesa y el posible contagio de una intentona revolucionaria en el vecino país.

Por ello mismo, el Ejército, con los escalafones hipertrofiados tras la última Guerra Carlista, cambia poco, y sigue siendo en esencia el viejo ejército liberal de Espartero y de Narváez. A este respecto, el fallido intento de reformas de Cassola, que normalmente se ha analizado desde puntos de vista políticos, corporativos y económicos, creemos que pone de manifiesto la orientación básica de cómo entendió la Restauración el problema militar y exterior.

Cassola, de acuerdo con lo que estaban haciendo todos los Estados europeos, pretendía crear un ejército de masas, con un verdadero servicio militar

obligatorio, sin las numerosas excepciones y redenciones a metálico entonces existentes, y abriendo la oportunidad a una oficialidad de complemento para encuadrarlo. Pero la creación de tal ejército, aparte de su coste y de su inoprotunidad para ciertos intereses, introducía un elemento nuevo en el equilibrio europeo: ya no se trataba de dos o tres centenares de miles de soldados, poco adiestrados y con escaso armamento pesado, especialmente artillería, sino que de llevarse a cabo supondría una masa de alrededor de un millón de hombres. La creación de aquel ejército de masas, por sí misma, implicaba una orientación de nuestra política exterior que por supuesto Cánovas y a la postre Sagasta no podían aceptar.

Así la guerra de Cuba se afrontó enviando a unos 200.000 reclutas a ultramar, con poca artillería, ingenieros y caballería, y aquel esfuerzo, unido al envío de otros 28.000 a Filipinas dejó prácticamente exhausta la estructura del Ejército. Contando con los que nunca pasaron a ultramar resultó que casi un siglo después de la Guerra de la Independencia, y pese a que la población prácticamente se había doblado, el país tenía enormes dificultades para reunir una cifra parecida a la que consiguió alistar en 1813 tras años de sangrienta guerra y ocupación. Resulta muy sintomático que en Cuba, las tropas expedicionarias peninsulares se vieran complementadas con las unidades locales de «Voluntarios» que vinieron a cumplir análogas misiones a las de la «Milicia Nacional» en la Primera Guerra Carlista, el mantenimiento del orden en los principales núcleos de población, para dejar así al ejército expedicionario libre para las operaciones de campaña.

Por su parte, la rápida evolución de la tecnología naval había dejado obsoleta en pocos años la brillante escuadra isabelina, también aquejada de un notorio desgaste tras su profusa utilización tanto durante el reinado como durante el posterior «Sexenio Democrático». Tras varios intentos frustrados e iniciativas inconexas, la Armada consiguió ver aprobado por las Cortes un plan de reconstrucción de la escuadra de Rodríguez Arias en 1887 (justo antes del proyecto de Cassola), pero determinados errores en su gestión y sobre todo, el atraso industrial del país y más en un sector de tecnología «punta» como la naval, implicaba una clara dependencia tecnológica del exterior, hecho gravísimo en un país que carecía de alianzas. Nada tuvo pues de raro el resultado de la contienda, aunque por entonces EE.UU. estuviera muy lejos de ser la potencia militar y naval que surgió justamente a raíz de aquella «pequeña y espléndida guerrita».

De hecho el plan fue posible gracias al acercamiento de España a la Triple Alianza, y por tanto a Gran Bretaña mediante el acuerdo con Italia del mismo 1887, pero la evolución posterior de la política exterior española, cada vez más abocada al aislamiento, hizo que las transferencias tecnológicas fueran cada vez más difíciles, e incluso la compra de buques y armamentos en el exterior.

5. De Alfonso XIII a la Segunda República

El nuevo siglo trajo consigo un replanteamiento global de la acción de España en el exterior, incluida la militar. Libre ya de preocupaciones coloniales (aunque se quiso mantener una política de prestigio y presencia en América

a instancias del joven rey), España tuvo una nueva opción con su acercamiento a la Entente puesto de manifiesto en la conferencia de Algeciras, y sobre todo, al año siguiente, 1907 con los llamados Acuerdos de Cartagena.

Tal acercamiento no sólo posibilitó gracias a las transferencias tecnológicas la reconstrucción de la escuadra llevada a cabo por el plan Maura-Ferrándiz, sino que estableció las nuevas zonas de interés y actuación primordial. El Atlántico, con Canarias, el adyacente Sahara y Guinea, quedaron en un segundo lugar, cubiertos por la hegemonía naval británica, mientras que saltaban a primer plano sobre todo Marruecos (aunque neutralizado en lo estratégico) y el Mediterráneo, con la potenciación de las Baleares como bases.

Aparte de la cuestión de Marruecos, lo cierto es que España obtenía una cierta garantía sobre su integridad territorial (temor que persistía desde el aciago 1898) y se inscribía en la estrategia del Mediterráneo.

La carrera naval anglo-alemana había hecho inevitable que el grueso de la Royal Navy tuviera que desplazarse del Mediterráneo al canal de la Mancha y mar del Norte para hacer frente a la nueva amenaza. Esto dejaba muy debilitada a la Entente en el Mediterráneo, pues la Marine Nationale francesa, con numerosos pero anticuados buques, no podía hacer frente a las de Italia y Austria-Hungría reunidas y asegurar el vital paso de las tropas francesas desde Argelia a Marsella y Tolón, tropas imprescindibles para asegurar la defensa de sus fronteras contra Alemania.

Por todo ello cobraba especial importancia asegurarse el apoyo de las bases españolas en Baleares, esenciales para vigilar tal ruta y dominar el Mediterráneo occidental y, hacia 1914, poder sumar los tres modernos acorazados construidos por el plan de Maura y Ferrándiz a los cuatro franceses contra los ocho que por mitades aportaba cada uno de los miembros mencionados de la Triple Alianza. También se planeó, aunque de forma secundaria, la utilización de tropas del Ejército, bien para asegurar la frontera francesa de los Alpes, bien para realizar incursiones anfibias sobre la costa italiana.

De nuevo cobró relevancia en este esquema la Armada, mientras el Ejército, falto de nuevo de las adecuadas reformas, se vio cada vez más constreñido en la doble e ingrata misión de mantener el orden político y social en España, y lograr la penetración y pacificación de Marruecos. La falta de un efectivo compromiso español con la Entente hizo que, en buena medida, tales proyectos quedaran en la nada al declararse la neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial, pero conviene recordar el tenaz interés británico por las bases y fuerzas navales españolas y el escepticismo francés por la ayuda que pudiera suponer el Ejército de tierra español. En cualquier caso, la actitud de Italia, al romper con la Triple Alianza y alinearse finalmente con la Entente, hizo prescindible el concurso español.

En los años veinte, al parecer, se siguió con los mismos esquemas, pero ahora invertidos: la nada despreciable escuadra (entonces la cuarta de Europa) y las bases baleares serían la baza a jugar en la rivalidad franco-italiana. Pero —pese a los acercamientos como la visita real con la escuadra a la Italia de Mussolini—, nada llegó a concluirse.

Otra cuestión es la participación española en las conferencias de desarme naval de aquella época, motivada más que por compartir ese principio pacifista, por la voluntad de figurar entre las principales potencias y de asegurarse

unos límites «honrosos» de fuerzas navales en previsión de nuevas construcciones para la escuadra.

La Segunda República heredó del régimen monárquico un Ejército macrocefálico e ineficaz, salvo la parte más endurecida por las campañas marroquíes, especialmente la Legión, primer y muy retrasado intento español de crear un cuerpo profesional para misiones coloniales, y una Armada mucho más eficaz, gracias a los planes e inversiones de la monarquía que empezaron a dar sus mejores frutos algunos años después, debido a la programación de la construcción de los buques y algunos retrasos en ella por diversas causas.

Pese a sus buenos deseos, la Segunda República fue incapaz de modernizar y hacer más eficaz el Ejército y no supo incrementar sustancialmente la Armada, al tiempo que se detraía el apoyo de la mayor parte de la oficialidad y tampoco reducía el gasto militar español de forma sensible. Después de una primera etapa de un pacifismo confeso, la convulsa situación de Europa la llevó a una nueva inversión de la percepción del posible enemigo: ahora el previsible aliado era Francia y el temor venía de la Italia fascista. Se llegaron a concretar algunos planes de rearme y uno en concreto de defensa de las Baleares, pero el estallido de la guerra civil condenó a tales proyectos a la nada.

Durante la contienda ambos bandos recibieron de sus suministradores extranjeros una ayuda masiva en lo referente a armamento terrestre y aviación, pero casi simbólica en lo referente al plano naval.

Esto no deja de extrañar por cuanto unos y otros dependían básicamente de sus comunicaciones marítimas para recibir del exterior armas, municiones y todo tipo de pertrechos, pero lo cierto es que los nacionales se vieron favorecidos por el concurso de las marinas alemana e italiana, que bajo la cortina de patrullas de la «No Intervención», recibieron de tan altas instancias la misión de controlar la mayor parte del litoral republicano, con las consecuencias esperables. Otro factor determinante fue el escaso poder naval por entonces de la Unión Soviética y el que los casi indefensos buques con cargamento para la República debían navegar, desde el Báltico o el Mar Negro, por aguas completamente controladas por Alemania e Italia respectivamente. Tampoco la superior escuadra republicana, falta de mandos profesionales y de infraestructuras en tierra, pudo prestar los servicios que de ella hubieran debido esperarse.

6. De Franco a la democracia

El final de la guerra civil dejó a España con un Ejército de Tierra enorme, pero mal equipado; un recién nacido Ejército del Aire dotado de numerosos aviones de origen alemán e italiano, pero desgastados en general por la contienda y que, con los enormes cambios técnicos impuestos por la Segunda Guerra Mundial, quedaron rápidamente obsoletos, al igual que la Armada, también muy desgastada tanto en sus elementos profesionales como en instalaciones y buques y condenada asimismo a una rápida obsolescencia técnica.

Por ello, y aparte de otras razones, era virtualmente imposible para la España de Franco intervenir en una contienda como la mundial a no ser que recibiera una enorme transferencia de tecnología y ayuda de todo tipo de los países del Eje para dotar convenientemente a sus FF.AA. Tales planes se llega-

ron a realizar, pero las necesidades de Alemania e Italia ante una lucha que pronto se alargó y complicó, imposibilitaron que esa vital ayuda tuviera algo más que una importancia anecdótica.

Así y por lo que se refiere al plano estrictamente militar, seguramente fueron esas enormes deficiencias y no la postura más o menos aliadófila de generales y políticos, lo que determinó que España no entrara en la contienda. Aunque, por supuesto, hubo españoles voluntarios en ambos bandos y la España de Franco ayudó en la medida de sus modestas posibilidades al Eje con determinados productos o «haciendo la vista gorda» sobre el hecho de que los submarinos alemanes utilizaran nuestras aguas para reabastecerse. La derrota del Eje y el subsiguiente aislamiento internacional de España trajeron como consecuencia una penosa situación que intentó solucionarse con la autarquía militar. Pero y aunque los esfuerzos e inversiones fueron enormes, y más dada la situación del país, los resultados fueron escasamente positivos: el atraso técnico español era tan grande que ni siquiera se podían producir modelos ya obsoletos, en general alemanes de los primeros años de la Segunda Guerra Mundial.

Como era de esperar ello supuso una bajísima operatividad y movilidad de las FF.AA. como puso de relieve la guerra de Ifni-Sahara de 1958, y pese a tratarse de un enemigo muy débil en términos militares, en realidad unos pocos miles de guerrilleros que, aunque contaban sólo con armas ligeras de infantería, fueron capaces de tomar en un primer momento casi la totalidad de los territorios de Ifni y Sahara, salvo los enclaves más importantes. Sólo con la cooperación de Francia, aquejada de problemas análogos en sus colonias limítrofes, y pese a todas las distancias ideológicas entre ambos regímenes, pudo España restablecer la situación. La ayuda fue realmente decisiva pues se facilitaron aviones, vehículos blindados y buques anfibios, así como la colaboración de sus tropas, que llegaron a despejar desde Mauritania el interior desértico del Sahara. Debió de ser toda una amarga lección para un militar africanista como Franco el hecho de comprobar cómo se repetía, aunque a escala mucho menor, la situación de Marruecos de más de treinta años antes.

Es cierto que ya desde 1953 los acuerdos con Estados Unidos habían permitido disponer de material mucho más moderno y eficaz, pero estas armas, por lo general cedidas en arriendo y no en propiedad, tenían la severa limitación de su uso, restringido a los desafíos del conflicto Este-Oeste. Tampoco el material recibido brillaba ni por su cantidad ni por su calidad, pero sobre todo en la Armada y en el Ejército del Aire supuso una auténtica revolución, no sólo técnica sino profesional: de repente aprender inglés, hacer cursos en EE.UU. y maniobras conjuntas formaba parte de la normalidad.

Incluso dentro de la dinámica de la Guerra Fría las misiones de las FF.AA. eran muy limitadas. Un enorme Ejército de Tierra, mal dotado y equipado seguía con su misión básica y tradicional de asegurar el orden interno, con todo lo más, y como era tradicional, la posibilidad de enviar a otros escenarios algunas unidades de elite: la división acorazada, la brigada paracaidista y algunas otras. En cuanto al del Aire, la modestia de sus medios le impedía siquiera asegurar el espacio aéreo español, confiado básicamente a las fuerzas aéreas norteamericanas de las bases de Zaragoza, Torrejón y Morón. Algo semejante sucedía con la Armada, cuya misión fundamental radicaba en la lucha contra la

numerosa flota submarina soviética, aparte de una creciente capacidad anfibia y aeronaval, pero también secundaria frente a la decisiva importancia de la base de Rota.

En palabras de alguien tan poco sospechoso ideológicamente como el propio almirante Carrero Blanco, referidas a la Armada pero generalizables a los tres Ejércitos:

«Justo es reconocer que la modernización de nuestra Marina, como consecuencia de los tratados con los EE.UU., ha tenido para nosotros un positivo valor, pues ha puesto al día, en el orden técnico, a nuestro personal, y ha transformado nuestra flota, aunque los buques modernizados han quedado con el armamento y medios de detección que eran normales en las marinas aliadas a la terminación de la Segunda Guerra Mundial.»

Si esto se puede decir de la calidad de lo recibido, análogo juicio se podría efectuar sobre la cantidad: a mediados de la década de los sesenta sólo se habían recibido cinco destructores y un único submarino, más para el adiestramiento de éstos en su función primordial que como arma plenamente operativa. Completaban el cuadro dos transportes de ataque, una docena de pequeños dragaminas y otros buques, todos ellos ya veteranos y desfasados tecnológicamente. Por poner un punto de comparación, España construyó o adquirió entre 1915 y 1936 nada menos que diecisiete destructores y dieciséis submarinos, además de algunas unidades mayores, como ocho cruceros, un portaaviones, etc. Todavía muchas de aquellas unidades del reinado de Alfonso XIII prestaban servicios en los años sesenta a falta de algo mejor.

Por lo que se refiere al Ejército del Aire, sólo dispuso de sus primeros aviones supersónicos (algo normal ya en el mundo) cuando a fines de 1965 llegaron los primeros F-104 de un total de sólo 21 aparatos; el resto de su fuerza lo constituían los ya veteranos F-86 que se habían batido en Corea. Y la situación no era mejor en el de Tierra. Pero no era sólo que las armas suministradas datasen de la Segunda Guerra Mundial o la de Corea; incluso los repuestos, asistencia técnica y otros aspectos decisivos a la hora de asegurar su operatividad eran regateados.

Un aspecto curioso de aquella época en que España tenía pactos bilaterales con EE.UU., Portugal y Francia —tres países pertenecientes a la OTAN—, fue que, indudablemente, una cosa no traía la otra, y pese a los deseos de políticos y militares españoles de acceder a informaciones de la alianza, estos datos les fueron siempre vedados, incluso en cuestiones secundarias o menos importantes.

Esa situación no tenía remedio, en vista de los condicionamientos políticos, pero en busca de una mayor autonomía y de material más moderno, los militares y diplomáticos españoles intentaron abrirse nuevas vías en Europa, topando con el rechazo de los gobiernos laboristas británicos y una postura muy receptiva de los gaullistas franceses, traducida en los últimos años del régimen de Franco en la adquisición y cofabricación de submarinos, tanques y reactores entre otras armas. Aunque tal política no dejó de dar sus frutos —e hizo a los EE.UU. menos cicateros a la hora de dispensar sus armas, sobre todo tras la renovación de los acuerdos de 1970—, mostró decisivamente sus limitaciones durante la crisis del Sahara de 1975.

Con la llegada de la democracia y la entrada de España en la OTAN y en la Unión Europea se sucedieron cambios decisivos en la estructura, organización, misiones, disposición de armas y toda clase de materiales en nuestras FF. AA. que creemos innecesario resaltar, pero sí queremos destacar dos hechos: por primera vez desde hacía bastante más de cien años, España participaba en una alianza militar con el añadido de intervenir en un proceso enteramente novedoso de unidad política europea y en su artículo 8 la Constitución de 1978 indicaba de forma clara la misión de las FF.AA.: «Las Fuerzas Armadas, constituidas por el Ejército de Tierra, la Armada y el Ejército del Aire, tienen como misión garantizar la soberanía e independencia de España, defender su integridad territorial y el ordenamiento constitucional.»

La particularidad más reciente en el terreno militar es que dicha integración española se dio poco antes de la desaparición del Pacto de Varsovia y el fin de la Guerra Fría. Desde entonces las misiones de nuestras FF.AA. han variado sustancialmente, haciéndose mucho más cotidianas, pues ya no se trata de la simple preparación para una improbable contienda general en Europa; los escenarios rebasan con mucho los del continente, y además son sumamente delicadas y complejas. Ello ha provocado diversos cambios técnicos, de mentalidad y de preparación, y también, junto a otros factores nada secundarios, ha contribuido a hacer indispensable la completa profesionalización de nuestros ejércitos, motivada en parte por la tan tradicional como comprensible renuencia de la opinión pública a poner en peligro la vida de reclutas en escenarios de conflictos lejanos y que no parecen tener una repercusión directa en la seguridad nacional.

Es importante destacar también que una parte importante de las FF.AA. españolas presta sus servicios fuera de las fronteras nacionales, y no sólo en misiones concretas y de mayor o menor duración como las de la Guerra del Golfo, Yugoslavia o Afganistán, sino de forma continua, con la inclusión de buques de la Armada en las fuerzas navales permanentes de la OTAN, como STANAVFORMED (Mediterráneo) STANAVFORLANT (Atlántico) y MCMFORSOUTH (guerra de minas en Mediterráneo). Desde diciembre de 1988 las FF.AA. españolas se han incorporado a las misiones de paz patrocinadas por la ONU. Hasta el momento España ha participado en 30 misiones de paz, en las que intervinieron más de 3.000 militares, con un coste de 19 fallecidos en actos de servicio.

Pero aparte de estas misiones, más puramente militares, las FF.AA. españolas desarrollan en la actualidad diversas misiones humanitarias en situaciones de emergencia o catástrofe, y misiones de interés científico, como la expedición anual a la Antártida y el mantenimiento allí de una base no militar para facilitar dichas labores.

En el terreno de la adquisición de armamentos y pertrechos, la situación ha variado enormemente con respecto al pasado, gracias a la plena integración española en el marco de las relaciones internacionales. Persiste, sin embargo, la disyuntiva entre efectuar los encargos o establecer la necesaria colaboración industrial y técnica con nuestro ya tradicional proveedor, Estados Unidos, o actuar dentro de los proyectos europeos, algunos de los cuales, dada la nueva situación mundial, han acabado en vía muerta. En cualquier caso, la apreciable infraestructura industrial y técnica creada y desarrollada en tiem-

pos más difíciles como CASA (construcciones aeronáuticas) o IZAR (antigua Empresa Nacional Bazán de Construcciones Navales Militares) parece haberse adaptado bien a los nuevos retos, aunque aún quede mucho por hacer. Un aspecto también importante a resaltar es la planificación estratégica aplicada a la Defensa desde 1980 a través de normativas específicas y de forma concreta de los Directivos de Defensa Nacional. La última de ellas, la 1/2000 establece cinco grandes objetivos en materia de Defensa: *a)* intensificar la proyección exterior de las Fuerzas Armadas; *b)* culminar el proceso de profesionalización; *c)* modernizar su armamento, material y equipamiento; *d)* racionalizar la organización de la Defensa y *e)* Fomentar la cultura de defensa. En febrero de 2003 se ha procedido a la aprobación de la Revisión Estratégica de la Defensa.

Sólo el tiempo dirá si las nuevas FF.AA. responden a las necesidades reales de defensa españolas (la cuestión magrebí puede ser de nuevo una piedra de toque) y europeas, pero cabe anotar que por primera vez en nuestra historia contemporánea, están totalmente profesionalizadas y volcadas a la acción exterior, sin que ahora la Armada monopolice esa misión, aunque en la mayoría de los casos la protagonice. En cuanto a su vieja y tradicional misión interior y aunque constitucionalmente (pero de modo cada vez más teórico) sigan siendo los últimos garantes del sistema legal, la situación no puede ser más distinta de la que muchas generaciones de españoles han debido aceptar al menos desde los tiempos de la Ilustración.

Lecturas recomendadas

No abundan las obras que traten estos temas desde una perspectiva española, y de las existencias, muchas se centran en cuestiones navales, por las razones aducidas; sin embargo, podemos señalar:

Alpert, M. (1987): *La guerra civil española en el mar*, Madrid, Siglo XXI.

Una buena introducción y estudio de los factores internacionales de la decisiva lucha en el mar.

Bordejé y Morencos, F. F. (1978): *Vicisitudes de una política naval (1898-1936)*, Madrid, San Martín.

Aunque ya superada en algunos aspectos, la obra ofrece una panorámica de las realizaciones y desafíos de la política naval y de la acción exterior del Estado en una época crucial.

Cardona, G. (1990): «El problema militar en España», *Historia 16*, Madrid.

Su interés radica en el estudio de los problemas para la reconstrucción de la escuadra ante la dependencia del exterior; así como en la narración de la actuación concreta de la Armada en dichos escenarios durante esa época.

— (1998): *Operaciones de la guerra del 98. Una revisión crítica*, Madrid, Actas.

Una visión novedosa de la última contienda internacional clásica en la que ha intervenido España y un análisis del comportamiento de los neutrales en la guerra.

Sánchez Barba, M. y Alonso Baquer, M. (coords.) (1986): *Historia social de las Fuerzas Armadas*, 7 vols., Madrid, Alhambra.

Aunque algo anticuada en sus capítulos finales, una todavía muy útil visión general de la cuestión desde el siglo XVIII.

VV. AA. (2000): *Libro Blanco de la Defensa 2000*, Madrid, Ministerio de Defensa.

Básica para conocer y entender la estructura y misiones de las FF.AA. actuales.